

en busca de agua, teniendo el marqués del Vasto, y el emperador mismo, que andar á cuchilladas con los soldados para ponerlos en órden. Algunos caian muertos y otros desmayados, como le aconteció al conde de la Coruña don Alonso de Mendoza, y habia quien por beber se ahogaba en las cisternas. Así anduvieron las cinco millas desde la Goleta á Túnez, en cuyas inmediaciones encontraron á Barbaroja esperándolos con su numerosa morisma. Asustáronse muchos al ver tan espesa masa de enemigos, y como alguno lo manifestase así al marqués de Aguilar: «Mejor, contestó este, así venceremos á mas y será mayor el despojo: á mas moros mas ganancia.» Frase que desde entonces quedó en España como adagio popular.

Frente ya uno de otro, Carlos V y Barbaroja, cada cual ordenó sus haces y arengó á los suyos. Fiado Barbaroja en la superioridad numérica de su gente, y en el cansancio, la fatiga y la sed de los imperiales, dió el primero la señal de acometer, y arrojáronse sus moros con descompasados gritos sobre los cristianos; mas á pesar de su fuerza numérica, de la ventaja de sus posiciones, y del arrojo y esfuerzos del antiguo jefe de piratas, todo se estrelló contra la disciplina, la serenidad, el valor y los certeros tiros de las regladas tropas del imperio, dirigidas por tan expertos y entendidos capitanes; y despues de algunas horas de recio y general combate, volvieron los mahometanos las espaldas al enemigo y los rostros hácia Túnez, arrastrando en su fuga al mismo Barbaroja, y quedando los cristianos en el campo, donde se hartaban en las cisternas y pozos de agua y de sangre, todo revuelto. La confusion y el espanto se difundieron por la ciudad, y muchos la desampararon despavoridos. Barbaroja habia vuelto decidido á defenderla, pero un suceso en que él no habia pensado le puso en la desesperacion, y dió al traste con sus planes. Los cristianos cautivos encerrados en las mazmorras de la alcazaba, aquellos á quienes habia tenido tentacion de hacer degollar, y cuyo acto de barbarie suspendió por habersele afeado el judío Sinan, durante la ausencia de Barbaroja habian logrado ganar á dos guardas del fuerte, que eran españoles renegados, se hicieron dueños de las llaves, rompieron las cadenas, arrollaron la guardia turca, se apoderaron de la artillería, y la volvieron contra sus propios verdugos. Cuando lo supo Barbaroja, maldijo al hebreo que le habia quitado del pensamiento degollar y quemar los cautivos, decayó de ánimo viendo la alcazaba perdida, desfallecieron tambien la mayor parte de los suyos, y lleno de rabia y de melancolia huyó de Túnez con los que quisieron seguirle camino de Bona.

Entre tanto el victorioso emperador marchaba con su ejército hácia la ciudad con grandes precauciones por temor de alguna emboscada. En esto divisaron una bandera blanca en la torre de la alcazaba. El emperador, que ignoraba el suceso de los cautivos cristianos, no sabia á qué atribuir aquella señal; mas no tardó en ser informado de todo lo ocurrido por algunos moros del arrabal que se adelantaron á ofrecérsele de rodillas, besándole los piés y proclamando *Imperio*. Acercóse entonces á la poblacion, y encontróse con comisionados de la ciudad que salian á hacerle entrega de las llaves, y al ver á su antiguo rey Muley Hacén, mostraron ó verdadera ó fingida alegría con lengua, gestos y ademanes exagerados segun su estilo. Bien hubiera querido Muley Hacén evitar el saqueo de la ciudad, y así se lo suplicó al emperador, hasta ofrecerle quinientas doblas con tal que en las dos primeras horas lo impidiese. ¿Pero podian ni el César ni los capitanes tener enfrenada la soldadesca una vez dentro en la ciudad? Así fué que no hubo medio de contener la matanza y el pillaje, en que se cebaron los soldados grandemente, siendo una de las cosas que sintió mas Muley Hacén el destrozo de la magnífica librería, cuyas encuadernaciones é iluminaciones en oro y azul valian una suma inmensa.

Hizo pues Carlos V su entrada en Túnez el miércoles 21 de julio de 1535 (1). Hallaron allí muchas armas de las que los españoles habian perdido en la desastrosa jornada de los Gelbes,

(1) Sandoval ha tenido la curiosidad de observar la rara coincidencia, que el 16 de junio en que desembarcó el emperador en Africa, fué miércoles, que el 14 de julio, en que tomó la Goleta, fué miércoles tambien, y el 21, en que hizo su entrada en Túnez, fué igualmente miércoles.

juntamente con el rico arnés dorado que fué del desgraciado don García de Toledo. Hicieron sobre diez y ocho mil esclavos, que se vendian á los mas ínfimos precios. En cambio recobraron su libertad los doce ó diez y seis mil cautivos cristianos que allí tenia Barbaroja, muchos de ellos desde el tiempo de sus piraterías. Despachó el emperador pliegos á todas las naciones de la cristiandad participándoles su triunfo, y envió á España con cartas para la emperatriz al caballero portugués Jorge de Melo. Permaneció algunos dias en Túnez para tratar con Muley Hacén las condiciones con que habia de entregarle su antiguo reino, que fueron las siguientes:

1.^a Muley Hacén se obligaba á dar libertad á todos los cautivos cristianos que existiesen en su reino, y á no consentir que nunca ni por nadie fuesen maltratados.

2.^a Ni él ni sus sucesores cautivarían jamás, ni consentirían captivar cristianos de ninguno de los dominios del emperador, ni de los de su hermano don Fernando.

3.^a El rey de Túnez permitiría en su reino iglesias cristianas, sin que se estorbara la celebracion de los oficios y culto católico.

4.^a No consentiría vivir en sus tierras ningun moro de los nuevamente convertidos en Valencia y Granada.

5.^a Cedia Muley Hacén al emperador y reyes de España las ciudades de Bona, Biserta y otras fuerzas marítimas que Barbaroja tenia usurpadas al reino de Túnez.

6.^a Dejaba á Carlos y sus sucesores la posesion de la Goleta con dos millas de terreno en circunferencia, con la sola condicion de que permitieran á los vecinos de Cartago sacar agua de los pozos de la torre llamada del Agua.

7.^a Libre trato y circulacion por todo el reino á los cristianos que guarneciesen la Goleta.

8.^a El rey de Túnez pagaria para el sostenimiento de la fortaleza doce mil ducados de oro anuales.

9.^a Todos los súbditos del emperador podrian comerciar libremente en el reino, teniendo un juez imperial para sus causas.

10.^a Muley Hacén y sus sucesores pagarian al rey de España y los suyos todos los años perpetuamente el día 25 de julio en reconocimiento de vasallaje seis buenos caballos moriscos y doce halcones, bajo las penas que de no cumplirlo se establecieron.

11.^a Mutua y perpetua amistad entre el emperador y sus sucesores y el rey de Túnez y los suyos, y libre negociacion y comercio entre sus vasallos.

12.^a El de Túnez no recogería, antes se obligaba á echar de sus reinos todos los corsarios y piratas que anduviesen por el mar y fuesen enemigos del César (2).

Bajo estas condiciones, que firmaron los dos monarcas, con sus correspondientes testigos, y que se escribieron en español y en arábigo, dió Carlos posesion de su antiguo reino á Muley Hacén, que subiendo otra vez al trono por entre torrentes de sangre no podia prometerse ser mejor quisto que antes de sus vasallos, por mas que el emperador le dijera al despedirse estas nobles palabras: «Yo gané este reino derramando la sangre de los míos; tú le has de conservar ganando el corazon de los tuyos: no olvides los beneficios que has recibido, y trabaja por olvidar las injurias que te han hecho.»

En persecucion de Barbaroja habia enviado Carlos á Adan Centurion con algunas galeras, el cual se volvió sin atreverse á llegar á Bona. Avergonzóse Andrés Doria de aquella cobardía, y marchó él mismo con cuarenta galeras: mas cuando llegó á las aguas de Bona, ya Barbaroja se había fugado: tomó la ciudad y el castillo, y regresó dejando en él á Alvar Gomez con una compañía de españoles. De buena gana hubiera ido el emperador en seguimiento del famoso corsario hasta arrojarle tambien de Argel, pero hubo de desistir ante las consideraciones que le expusieron. Logrado, pues, el objeto de su expedicion, despidió las flotas de Portugal y Castilla, y dejando por alcaide y gobernador de la Goleta á don Bernardino de Mendoza con mil veteranos españoles, dióse á la vela con el resto de las naves la via de Italia, arribó á Trápani, ciudad

(2) Dumont, Corps. Diplom. tom. II.—Sandoval, Hist. del Emperador, lib. XXII.

de Sicilia (20 de agosto), y de allí á Monreal y Palermo, donde fué recibido con las demostraciones mas solemnes de público regocijo.

De tal modo el resultado de esta ruidosa expedicion hizo subir de punto la fama de Carlos V, que su gloria, como dice un entendido historiador, «eclipsó la de todos los soberanos de Europa, pues mientras los demás príncipes no pensaban sino en sí mismos y en sus particulares intereses, Carlos se mostró digno de ocupar el primer puesto entre los reyes de la cristiandad, toda vez que apareció cifrar todo su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano, y en asegurar el sosiego y la prosperidad de Europa.»

CAPÍTULO XX

El emperador en Francia.—Nuevas guerras con Francisco I

DE 1529 Á 1535

Comportamiento de Francisco despues de la paz de Cambray.—Busca enemigos al emperador.—Desatentada política del francés.—Suplicio horrible de herejes: irrita á los príncipes reformistas á quienes habia halagado.—Marcha contra Milan.—Despoja al duque de Saboya.—Acócese este á la proteccion del emperador.—Pretende el francés suceder al duque Sforza en el Milanesado.—Solemnísima declaracion de guerra hecha á Francisco I por el emperador en Roma, en plena asamblea del papa, cardenales y embajadores: reto arrogante.—Entrada del emperador con grande ejército en Francia: imprudente confianza de Carlos.—Atinadas medidas de Francisco para la defensa de su reino.—Comprometida situacion del ejército imperial.—Retirada deshonrosa.—Muerte del famoso capitán Antonio de Leiva.—Vuelve Carlos V á España.—Guerras de franceses é imperiales en Flandes y Lombardia.—Intervencion de dos reinos en favor de la paz.—Treguas.—Alianza de Francisco I con el sultan de Turquía contra el emperador.—Formidable armada turca en las costas de Italia.—Barbaroja y Andrés Doria.—Negociase la paz entre Carlos y Francisco.—Buenos oficios del papa y de las dos reinas.—Tratado de Niza.—Tregua de diez años.—Célebre entrevista de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas.—Se abrazan, y se separan amigos.—Resultado de estas guerras.

Un soberano habia tambien en Europa que en vez de alegrarse de los triunfos de Carlos V, no solo los oia con envidia, sino con pena, y aun procuraba servirse de ellos como de arma para concitar los recelos y sospechas de las demás naciones sobre su desmedido engrandecimiento y sobre sus designios, como habia aprovechado su ausencia para trabajar en suscitarle compromisos y enemigos.

Este soberano era Francisco I de Francia, su eterno rival, que humillado y mortificado desde la paz de Cambray (1527), alimentaba en secreto su antiguo odio á Carlos, y no habia cesado de buscar ocasiones y pretextos para ver de recobrar su perdida influencia y vengar las humillaciones recibidas del emperador. Un agravio que el duque de Milan Francisco Sforza le hizo en la persona de su embajador (1), le dió motivo para amenazar á Sforza, para quejarse agriamente al emperador, suponiéndole autor de aquel ultraje, y para apelar á todos los príncipes de Europa contra Carlos, de quien no pudo alcanzar satisfaccion (1533). Pero sus gestiones fueron inútiles. El pontífice Paulo III que habia sucedido á Clemente VII quiso mantenerse neutral en las cuestiones de los dos monarcas, y Enrique VIII de Inglaterra no se prestaba á favorecer á Francisco, mientras este no se emancipara como él de la obediencia á la silla apostólica. Entonces el monarca francés en su ciega indignacion se precipitó en una marcha política incomprensible, contradictoria, y á todas luces desatentada. Quiso hacerse partido con los príncipes protestantes de la liga de Smalkalde (2), halagando sus doctrinas, y á este objeto envió á Alemania á Guillermo Du Bellay, y aun invitó á Melancton, el mas moderado y pacífico de los reformadores, á que pasase á Paris para tratar el medio de avenir las sectas reformistas que desgraciadamente desunian á la Iglesia. Y en los

(1) El caballero milanés Merveille, á quien el duque hizo condenar á pena capital por muerte dada en una disputa á un criado suyo.

(2) Para la mejor inteligencia de estos sucesos, conviene mucho recordar los capítulos XIV y XVI del presente libro.

momentos que Carlos V proyectaba en favor de la cristiandad su expedicion contra Barbaroja (1534), Francisco daba audiencia pública á un enviado del Gran Turco, y manejábase de modo que llegó á entablar, en odio al emperador, inteligencias secretas con el sultan y con el famoso corsario.

Mas para desvanecer las vehementes sospechas que de poco afecto á la Iglesia católica daba con tan imprudentes pasos, determinó hacer un alarde público de celo religioso, pero llevándolo á tal extremo que le colocó en otra situacion no menos comprometida y grave. Unos protestantes franceses, sectarios de Zuinglio (que ya la reforma habia penetrado tambien en Francia), habian fijado en Paris á las puertas del palacio real y de otras casas principales unos carteles indecorosos, insultando los mas venerables dogmas y artículos de la religion. Aprovechó el rey aquella ocasion para dar un testimonio público de que era un celoso católico y un verdadero rey cristianísimo. Mandó hacer una procesion solemne, llevando al Santísimo Sacramento por las calles de Paris, en la cual iba toda la real familia, y marchaba él mismo á pié, con la cabeza descubierta y una hacha encendida en la mano (enero, 1535). Despues de la procesion exhortó al pueblo á permanecer en la fe católica, y añadió con enérgico lenguaje, que era tal su aborrecimiento á la herejía, que castigaria con la muerte á sus mismos hijos si de ella estuviesen infestados, y que si sintiese una de sus manos contaminada, se la cortaria con la otra. Y como se hubiese descubierto á seis de los autores de los pasquines, los hizo quemar pública y bárbaramente, mandando que se ejecutase lo mismo con todos los que hubiese en el reino (3).

Con esto irritó á los príncipes de la liga de Smalkalde, á quienes habia tratado de halagar, y que nunca tuvieron confianza en las declaraciones del monarca francés; de modo que no le fué posible ya hacerlos amigos, por mas artificios y por mas esfuerzos que para ello empleara el enviado Du Bellay. Aun el mismo elector de Sajonia, el mas acalorado reformista, no permitió ya á Melancton hacer el viaje á Francia, bien que le lisonjeara verse llamado por un soberano tan poderoso.

Sin embargo de no hallar el rival de Carlos apoyo alguno en los príncipes, no por eso renunció á su deseo de suscitar embarazos al emperador y á su afán de dominar en Italia, haciendo marchar su ejército á este país, primeramente contra el duque de Milan, cuyo ultraje no queria dejar sin venganza, y despues contra el duque de Saboya, cuñado y aliado íntimo del emperador, á quien comenzó á despojar de sus Estados, alegando el derecho que decia tener á ellos por su madre Luisa de Saboya, y renovando todas las antiguas reclamaciones de la corona de Francia. Débil como era el saboyano para resistir á tan poderoso monarca como el francés, tuvo que sufrir el despojo de la mayor parte de sus tierras, no quedándole otro recurso que acogerse á la proteccion de su deudo y amigo el emperador, que acabando de llegar de Africa no podia auxiliarse con la presteza que quisiera.

La muerte sin sucesion del duque Francisco Sforza acaecida por este tiempo (octubre, 1535), añadió nuevo y mas vivo fuego á las rivalidades entre el emperador y el monarca francés sobre la eterna cuestion del Milanesado, pretendiendo Francisco que volviese á la corona de Francia, por mas que ocho años antes hubiera renunciado solemnemente todo derecho á Milan y á Nápoles (4), y tomando Carlos posesion del ducado vacante, como feudo del imperio, y alzándose por él pendones en Milan. Entretuvo no obstante el emperador al rey de Francia con astuta política, haciéndole concebir alternativamente esperanzas de dar la investidura de aquel ducado, ya al duque de Orleans, su segundo hijo, ya al de Angulema, su

(3) Decimos *bárbaramente*, pues segun Sandoval, los suplicios se ejecutaban atando á los sentenciados á una máquina que los levantaba en el aire: debajo se encendia un fuego vivo, en el cual se los dejaba caer para que se tostaran un poco; luego se los volvia á levantar, hasta que finalmente, el verdugo cortaba la soga y caian dentro del fuego hasta convertirse en ceniza. Hist. de Carlos V, lib. XXII, núm. 49.—Y los franceses de aquel siglo proferian invectivas contra la Inquisicion española.

(4) Documentos del Archivo de Simancas.—Tratado de Madrid de 1527.—Sandoval, Hist., lib. XXII, núm. 48.

hijo tercero, y guardando una conducta ambigua, mientras secretamente se preparaba á hacerle la guerra, concertándose con Venecia y los cantones suizos, y levantando hombres y recursos en abundancia, de Nápoles, de Sicilia, de España, de Alemania y de Flandes, que todos le facilitaron con el mayor placer, por el prestigio que entonces acompañaba su nombre.

En efecto, Carlos á su regreso de Túnez había sido festejado en toda Italia con cuantas manifestaciones de público regocijo podía inspirar el mas loco entusiasmo. Las fiestas de Nápoles excedieron á todo lo que en aquella poblacion se había visto en ningún tiempo, compitiendo todas las clases á porfía, desde el clero episcopal y la alta nobleza hasta los artesanos mas humildes, en agasajarle con procesiones, banquetes, saraos, mascaradas, corridas de toros á estilo de España, y con todo lo que la fecunda imaginacion de los napolitanos podia inventar de mas fastuoso, y agotando su talento los oradores y poetas de Italia para derramar el incienso de las alabanzas y ensalzar la grandeza y las victorias del César. En el camino de Nápoles á Roma, y principalmente en su entrada en la ciudad de los césares y de los pontífices, su recibimiento no fué menos ostentoso que el de los antiguos triunfadores romanos (5 de abril, 1536). Veintidos cardenales y multitud de arzobispos, obispos, abades, clérigos, nobles, magistrados y ciudadanos, salieron fuera de los muros de la ciudad santa á ofrecerle su respetuoso homenaje. La comitiva imperial iba vestida de toda gala con ricas telas de seda y oro. Marchaba delante el senado y cancillería romana, y detrás el emperador debajo de palio, cuyas varas llevaban caballeros y gentiles-hombres. La guardia del castillo de Sant-Angelo abatió sus armas y bandera al pasar Su Majestad Cesárea, y los soldados se arrodillaron todos. A la puerta de San Pedro le esperaba el papa con otros cuatro cardenales y varios prelados. Carlos se apeó, besó el pié al pontífice, y este le abrazó muchas veces, no pudiendo percibirse lo que entre sí hablaron por el ruido de las músicas y de las salvas de artillería. Estuvo el emperador la Semana Santa en Roma; anduvo las estaciones y asistió á las ceremonias sagradas con toda solemnidad y grande acompañamiento, y habló al pontífice de la necesidad de tener pronto un concilio general para la extirpacion de las herejías.

Cuando así se hallaba Carlos halagado y mimado, y cuando tenía hechos sus preparativos de guerra, entonces fué cuando al rey Francisco I le dió la mala tentacion de apurarlo por medio de sus embajadores para que le diese una respuesta categórica en lo de Milan; y como al propio tiempo supiese Carlos que los embajadores del francés le andaban haciendo inculpaciones sobre las guerras pasadas y hasta sobre la propagacion de la herejía de Lutero, atribuyéndola á descuido suyo ó falta de energía, llenóse de indignacion, y prometió contestarles al día siguiente en una sesion que se había de celebrar á presencia del pontífice, del colegio de cardenales y de los embajadores de todas las potencias existentes en Roma. En esta célebre sesion (17 de abril), pronunció el emperador en lengua castellana un estudiado, extenso y vigoroso discurso, en que comenzó ponderando sus esfuerzos por mantener la paz de Europa, y prosiguió haciendo fuertes y severísimos cargos al francés por las guerras injustas que llevado de su ambicion le había movido, echándole en rostro su ingratitude y deslealtad en la infraccion de los tratados de Madrid y de Cambray, el despojo que acababa de hacer de sus dominios al duque de Saboya, y sus injustas pretensiones al ducado de Milan. Y saliendo de su natural moderacion, añadió: «Pues sepa el rey Francisco, y sepan cuantos me oyen, y con ellos todo el mundo, que ni tengo de dar á nadie lo mio, ni tomar tampoco lo ajeno, ni disimular las injurias del duque de Saboya. Entiendan todos mi propósito. No diga el rey que le quiero engañar ni tomarle de sobresalto: de aqui me irá con el favor de Dios á Lombardia, juntaré allí el mayor ejército que pudiere, y con él entraré por Francia, y procuraré vengar mis injurias y las de los míos, como á mi oficio conyene hacerlo.»

»Mas lo mejor de todo (continuó con arrogancia) será excusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, á donde padecen ordinariamente los que no tienen culpa. Hayámoslo nosotros de bueno á bueno; pongamos el

negocio en las armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á la mia, que desde agora digo que le desafío y provooco, y que todo el riesgo sea nuestro, cómo y de la manera que á él le pareciere, con las armas que le plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo de una galera amarrada en un río.... que yo confio en Dios, que como hasta agora me ha sido favorable, y me ha dado victoria contra él y contra todos los enemigos suyos y míos, me ayudará ahora en una causa tan justa....»

Dijo esto en alta voz, y con acento tan imperioso y vehemente, que el papa no pudo menos de interrumpirle, y de exhortarle, dándole paz en el rostro, con mansas y dulces palabras, á que templase el enojo que le arrebatava, y á que no pusiera en tan peligroso trance su persona que tanto importaba en el mundo. Quisieron hablar los embajadores de Francia, y el pontífice no se lo permitió. Dióse la sesion por terminada; un embajador francés rogó al emperador le diese su discurso escrito; hizolo el César, aunque suavizando algunas frases, y esta inusitada y solemne declaracion de guerra le fué llevada inmediatamente á Francisco I, que tenía á la sazón cerca de treinta mil soldados en el ducado de Saboya, haciendo todo el daño que podian.

Ya no había medio posible de evitar otra guerra entre los dos antiguos rivales, y el papa mismo que hubiera querido impedirlo tuvo que presenciar los armamentos del ejército imperial. Partió pues Carlos de Roma, dirigiéndose sucesivamente á Siena, Florencia, Asti y Fossano: esta última plaza la tenía sitiada Antonio de Leiva con quince mil infantes, alemanes, españoles ó italianos. El ejército que el emperador llegó á reunir era de setenta mil hombres con cien piezas de artillería: sus principales caudillos, el marqués del Vasto, el duque de Alba, el conde de Benavente, el marqués de Aguilár, el príncipe de Visiñano, don Fernando Gonzaga, Ascanio Colona y el príncipe de Salerno; pudiendo decirse el general en jefe Antonio de Leiva, puesto que su parecer y consejo era el que seguía el emperador comunmente (1). El plan de Carlos era penetrar en el Mediodía de Francia, con el grueso del ejército, mientras dos cuerpos de tropas levantadas por sus

(1) Sumario de la relacion de gente de guerra de pié y de caballo que había en el ejército de S. M., segund las muestras tomadas en principio de julio de 1536.

Caballería	
Gente de armas..	580
Caballos ligeros..	4,740
	5,320
Infantería	
Infantería española..	9,850
Infantería alemana..	24,080
Infantería italiana..	9,700
	43,630
ITALIANOS	
Que van con el príncipe Andrea Doria..	6,900
Los que quedan en Milan y Vercelli en guarda de los castillos de Cremona, Lodi, Pavia, Alejandría..	2,100
La que debe quedar en Turin..	6,200
	15,200

Sumario que se pone al fin de la relacion, cuyas partidas por mayor son las que anteceden:

Gente de armas (lanças)..	580
Caballos ligeros de todas naciones..	4,390
Infantes españoles..	9,850
(Créese que llegarán á 10,000).	
Infantes alemanes..	24,600
Infantes italianos..	25,850
Caballos de artillería..	2,000
Mas la gente de corte de caballo y de pié.	

Acuerdo consultado con S. M. en Saviñan, lunes 10 de julio de 1536. Hânse de hacer por el camino donde ha de ir S. M. desde Cuni á Niza seis jornadas, y dos de aqui á Cuni, que son ocho jornadas.

La gente de armas y caballos han de hacer diez jornadas desde esta villa de Saviñan hasta Niza.

Archivo de Simancas, Estado, Leg. número 34.

dos hermanos, Fernando, rey de romanos, y María, gobernadora de Flandes, invadian tambien la Francia, por la Champagne el uno y por la Picardía el otro. En vano sus generales le suplicaron que se mirase bien en llevar adelante tal empresa, y en vano el marqués del Vasto con mas empeño que todos le rogó hasta de rodillas que renunciase á un pensamiento que veía erizado de inconvenientes y peligros, recordándole el mal éxito que en la misma empresa y en ocasion mas favorable habían tenido el duque de Borbon y el marqués de Pescara, y haciéndole presente que de todos modos sería necesario dejar antes sujeto el Piamonte. Cegó á Carlos esta vez el humo de tanto incienso como en Italia había recibido, traíanle un tanto desvanecido sus victorias de África, perturbábale su irritacion contra el francés, y hubiérale acabado de decidir, si necesario fuese, el consejo de Antonio de Leiva, que hablando de Francisco y de los franceses solia decir: «á los animales bravos se los ha de buscar en sus mismas cuevas (1).»

(1) Esto es lo que generalmente dicen los historiadores. Pero no dejaba de haber razones muy fuertes en favor de la entrada en Francia, segun un documento contemporáneo, escrito, se conoce, por persona entendida y de la confianza del emperador (tal vez por el mismo Antonio de Leiva), que nosotros hemos hallado entre los papeles de Estado de Simancas (legajo núm. 34), en el cual se pesan los inconvenientes de entrar y los de no entrar en Francia, inclinándose en favor de la invasion; y dice así:

En Saviñan á 13 de julio (1536).

Las dificultades que ocurre que ay en la pasada de S. M. en Francia.

»El primer inconveniente es la falta del dinero, porque aunque se busca y halle para cumplir lo que será menester para este mes de julio, pasado el mes, si no se halla algund expediente para anticipar los dineros que se esperan, á lo menos para media paga del mes de agosto, para poder entrar en Francia, sería cosa de mucho peligro y inconveniente; y si para entonces no llegan los dineros de España, lo que se cree que no llegará, parece que buscarlos acá, segund está la tierra y el tiempo, será muy dificultoso, aunque se harán todas las diligencias que sean posibles, así en Génova y Milan, como enviando á Nápoles y Roma.

»Lo 2.º es lo de las vituallas, porque aunque se ha proveido lo que es menester para ir hasta Niza, sería menester saber lo que hay adelante, y para esto parece que se debe enviar persona expresa con gran diligencia, que vaya y vuelva para tomar á S. M. antes que parta de aqui ó en la primera jornada, con la certinidad de lo que en esto hay, y que la informacion sea así de lo que hay en Niza, como de lo que de Génova se ha enviado allí, y de lo que el rey de Francia ha proveido en quemar y gastar las vituallas de allí adelante, y hasta saber la certinidad de lo uno y de lo otro, parece que se debe caminar mas despacio que estaba acordado.

»El tercio es que el tiempo está muy adelante, que no quedan sino dos meses para guerrear, y se va á parte y Reyno muy apercebido y proveido y fortificado por la parte de la mar y de la tierra.

»El 4.º es lo que se dice que tienen concertado en siendo Su Majestad pasado los montes, juntar la gente que tienen acordada en Italia y enviar mas de Francia, y hacer un cuerpo de todo y de la que queda en Turin, y mover todas las cosas de Italia y apoderarse de todo lo que pudieren, para lo cual hacen fundamento que el papa y venecianos tienen celos de la pasada de Su Majestad en Francia, y de su grandeza, y no estarán firmes en la devocion de S. M. y se mostrarán por ellos y se alterarán todas las cosas de Italia de manera que se pongan en condicion y aventura.

»El 5.º que se ha de hacer del ejército pasado agosto y setiembre, porque se tiene por dificultoso podello deshacer estando dentro en Francia no lo pudiendo sostener adelante.

Los inconvenientes que ay en dexar de passar S. M.

»Lo primero, que por lo que hasta agora está hecho y la publicacion que se ha hecho desta entrada, habiendo venido S. M. para ello de tan léjos, dejarse de hacer sería perder mucha reputacion y crédito, que es en lo que mas se debe mirar, y aun no podría dejar de ser deshonra.

»El mismo inconveniente que hay en la falta del dinero para pasar en Francia, hay dejado de pasar.

»Lo otro, que el rey de Francia, dejando de pasar, y hallándose, como está, armado, podría dar sobre España, para donde ya tiene encaminada mucha parte de su gente.

»Lo otro, que Musr. de Nasao quedaria en evidente peligro de perder el ejército, y quedarían las tierras de Flandes en mucha aventura, y sería faltar á lo que S. M. les ha prometido, que entrarían por acá, y retirándose el armada, dejarían de pagar el servicio que han otorgado, y se amotinarían los vasallos y podría rescibir mucho daño Guelbres.

»Lo otro, que el duque de Saboya quedaria perdido, y de su estado á lo menos lo que tiene de los montes allá, y asimismo lo de Salucio.

»Lo otro, que el rey de Francia, no pasando S. M., quedaria tan so-

Un acontecimiento impensado facilitó al emperador la entrada en Francia. El marqués de Saluzzo, á quien Francisco había confiado un cuerpo de ejército para la defensa del Piamonte, ó por reyertas que tuvo con el almirante de Francia, ó porque dando fe á pronósticos de astrología judiciaria á que era muy dado, creyese que el poder de la nacion francesa estaba tocando á su término, y que Carlos se iba á alzar con la soberanía general de Europa, abandonó su puesto y se pasó al campo imperial, dejando comprometida y casi abierta la frontera. Defecion que nos hace recordar la del duque de Borbon y la de Andrés Doria, y la mala suerte, y tal vez tambien el mal manejo que Francisco tenía con sus generales. La fortuna de este fué que Mompezat, que defendia la plaza de Fossano, aunque al fin tuvo que rendirla á Antonio de Leiva, embarazó no obstante á fuerza de valor y de destreza al ejército imperial cerca de un mes, dando lugar á Francisco á combinar un plan de defensa para resistir dentro de su reino á tan poderoso enemigo. Este plan, al parecer opuesto al genio vivo y agresivo de la nacion francesa, y cuya ejecucion se encomendó á Montmorency, á quien se supone tambien su autor, consistia en estar á la defensiva, no comprometerse ni aceptar batalla sin la seguridad del buen éxito, no guarnecer sino las plazas mas fuertes, concentrarse en ellas, destruir las otras, y talar y dejar sin mantenimiento los países y comarcas limítrofes, obligando á los habitantes de las poblaciones indefensas á abandonar sus casas y trasladarse á las montañas ó al interior del reino. Las plazas que se determinó defender fueron Aviñon, Marsella y Arlés, y la devastacion se extendia desde los Alpes hasta Marsella, y desde el litoral del Mediterráneo hasta los confines del Delfinado. Pocas veces se ha visto á una nacion civilizada recurrir á un medio tan heroico y extremo para defenderse de una invasion extranjera.

Sordo, pues, el emperador á las reflexiones de sus generales, se lanzó con la vanguardia de su ejército á las fronteras de la Provenza sin dejar asegurado el Piamonte (agosto, 1536), y embriagado con la idea de un triunfo que se le representaba seguro, mientras se le incorporaban las tropas procedió á distribuir entre sus oficiales las conquistas que se imaginaba. Mas no tardó su confianza en bajar de punto al encontrarse en medio de un país desierto y devastado, y ya comprendió que quien había dejado yermas provincias enteras de su propio reino, mostraba bien su resolucion de defenderle hasta la últi-

berbio, que no venia á paz sino con grand ventaja suya, y tractaria de tractar al Turco el año que viene y no se haria el concilio.

»Lo otro, que no se halla lugar para la persona de S. M. ni adonde debería ir.

»Que con esta pérdida de reputacion, se cree que el papa ni los otros potentados de Italia no vernán en mas liga con S. M. que la que tiene hecha, antes se cree que con este favor el rey de Francia terná mas parte de la que tenía.

»Que el rey de Inglaterra, con quien se tiene esperanza de tractar convenientemente, y aunque se declarara á ayudar contra el rey de Francia en esta empresa, se meterá en mas estrecha amistad con el rey de Francia, ya nunca tornará á la obediencia de la Iglesia romana y meterá en notorio inconveniente las tierras de Flandes, Lubech y Dunquerque, y otras de aquellas partes.

»Que con esta derreputacion, no solamente S. M. perderá el crédito con los soldados alemanes que han tenido esperanza desta pasada en Francia, mas aun con los electores, príncipes y estados del imperio, y tomarán para esto mas atrevimiento los desviados de la fee para juntarse y colligarse estrechamente con los reyes de Francia y Inglaterra, en perjuicio de S. M., del rey de romanos, y de sus dignidades, y para continuar con sus errores y atraer por desesperacion lo demás de Alemania.

»Demás desto, el vavvoda, que es en puncto de concertarse con el rey de romanos, y que segund se escribe de allá no spera otro sino ver que Su Majestad entre en Francia, dexará de concertarse y ocupará todo el reino de Hungría irremediamente.

»Y no solamente esta derreputacion dañará á S. M. y á la Cristiandad, mas aun el turco tomará osadía, aunque el rey de Francia no le ayudase y sollicitase, de emprender contra S. M. y la Cristiandad.

»Por los cuales inconvenientes entre otros, puede parescer que menos mal es pasar en Francia, aunque no se hiciese otro efecto, y que allí se harán otras excusaciones mas convenientes que dejando de pasar.»

Al final tiene la nota siguiente:

«Trasladadme esto esta noche de letra que parezca á la mia, haciéndola algo pequeña, y nadie la vea.»